

JOAN FRANCESC LINO MIQUEL

UNA VIDA COMO
CUALQUIER OTRA

EDICIONES LUZ DE LUNA
alternativ LuzDeLuna.com

Dedicatoria especial para mi mujer, Raquel, a la que amo profundamente, y a mis dos queridos hijos, Marc y Alba. Sin ellos, mi vida no tendría sentido. También quiero dar todo mi apoyo y gratitud a la ONG Plan España y a Koumba, mi niña apradrinada en Guinea. Su colaboración ha sido clave para poder contar ésta historia.

ADVERTENCIA

Una vida como cualquier otra es una novela que simplifica al ser humano lo máximo posible en toda su esencia, por lo que si eres una persona que se considera “importante” o “imprescindible”, puede que la historia relatada no cumpla tus expectativas y, por tanto, te recomiendo que no pierdas tu tiempo leyéndola.

Sin embargo, si eres una persona humilde, sincera, solidaria y de buen corazón, seguro que te sentirás identificado con ella.

En algunos momentos, puede que la trama llegue a herir tu sensibilidad, e incluso te haga reflexionar sobre la vida, si es así, te aconsejo que hagas una pausa en la lectura y recapacites tus movimientos.

Dicho esto, espero que disfrutes de la narración, y si quedas convencido/a del contenido, te ruego que recomiendes o dejes el libro a un familiar o amigo tuyo/a. Al final, verás el porqué. Gracias.

La vida de Pedro era la misma que la de cualquier otra persona, no había nada de especial que destacar. No era un gran actor, no era un atleta nato, no era un cantante famoso, ni tan siquiera tenía una profesión de las llamadas “importantes”. A sus cuarenta y dos años, casado, con dos hijos y con un gran número de facturas que atender a fin de mes, se preguntaba en qué había fallado, dónde se había equivocado. Desde pequeño, siempre había pensado que él era una persona diferente, con unas cualidades magníficas para triunfar en el mundo, sólo tenía que encontrar el camino para poder desarrollarlas, pero lo cierto es que la señal de entrada, hasta el día presente, nunca le apareció.

Sentado, mirando de frente el interminable horizonte del mar, con la música del coche puesta a medio volumen y con la canción preferida que tantos recuerdos le susurraba cada vez que la escuchaba, empezó a retroceder en sus pensamientos para lograr una reflexión profunda y un análisis concreto de su existencia en la que poder hallar un sentido a toda su vida.

Como suele sucedernos a todos, la infancia la olvidamos fácil, así que las primeras imágenes que recordaba ya eran de los nueve o diez años aproximadamente. Bueno, tal vez se habría podido situar un poco más atrás, pero las vivencias de esa época no le interesaban, dada su escasa repercusión en el desarrollo de su futuro. Si lo analizamos bien, es a esa edad cuando ya toda decisión tomada tiene más importancia. La elección escogida en los estudios, en los deportes, en las amistades, etc.

En ese momento no parece tan trascendental, pero con el tiempo uno se da cuenta de que un error en esa etapa puede llegar incluso a condicionar buena parte del futuro de una persona. Y es por ese motivo por lo que Pedro se interesó por revivir esos instantes.

Él era el tercero de sus hermanos. Siempre había pensado que

en el orden familiar había nacido en mala situación, ya que de por vida su sino era estar situado en medio de todos. O sea, que gráficamente no significaba nada. Hasta los mismos amigos de sus padres y los familiares más cercanos corroboraban su teoría sin apenas darse cuenta. Habían sido numerosas las ocasiones en que Pedro tuvo que escuchar las típicas frases comparativas como, “Mira tu hermano mayor, Jorge, él tiene que ser tu espejo, tu ejemplo a seguir”, o “¿Qué tal María?, eres igual que tu madre, seguro que la ayudas en todo”, u “Hola David, cómo está el pequeño de la casa”, incluso la hermanita menor se llevaba más atenciones que él, “Claudia, cariño, ¿ya te miman lo suficiente tus hermanos?”. Para todos existían frases amables según su orden de nacimiento, menos para él. Como si no estuviera en este mundo. Solo parecía que se acordaban de su persona cuando tocaba fregar los platos, barrer el comedor o ayudar al abuelo en sus tareas de cultivo. Pese a todo, le gustaba el ambiente revoltoso de su familia numerosa.

Vivía en un pueblo pequeño de unos dos mil habitantes, cuyo nombre es Sant Pere de Riudebitlles, provincia de Barcelona, situado en la comarca de l’Alt Penedès. No quedaba muy lejos de la capital de la comarca, Vilafranca del Penedès, y ese hecho unido a la industria que se había establecido en el núcleo urbano, hacían de Sant Pere un pueblo dinámico y con un movimiento considerable comparado con otros municipios de parecido tamaño. Era y sigue siendo a día de hoy una localidad curiosa, ya que cuenta con el privilegio de la tranquilidad de un pueblo, y a la vez, también con todos los servicios de un núcleo urbano mayor, con sus derivados comercios de ropa, alimentación, belleza, calzado, restauración, cultura y ocio, e incluso dos colegios para que los padres puedan escoger el que más se asemeje al estilo de estudios deseado.

Además, en la infancia de Pedro, aún funcionaban dos salas donde se proyectaban películas de cine y atraían a ciudadanos de pueblos cercanos que carecían de él. O sea, que dicho de otra forma, reunía todos los requisitos para que uno pudiera disfrutar de todas las ventajas de una ciudad pero sin salir de la paz de un pueblo.

Pedro estaba considerado un buen niño, de familia bien aposentada, aunque por el número de hijos no era de las consideradas ricas. Su padre era el encargado general de una de las fábricas más importantes, y por tanto disponía de un sueldo bastante superior al de un trabajador normal, pero aun así, llegaban justitos a fin de mes al tener que alimentar a tantas bocas, ya que no sólo vivían juntos los padres y los cinco hijos, sino que bajo el mismo techo también estaban los padres de la madre, o sea, los abuelos de Pedro. Su madre colaboraba en los ingresos con un trabajo a media jornada en una pequeña empresa de manipulados. De esta forma disponía de tiempo para

compaginar las tareas domésticas con el citado empleo. Sus abuelos ya estaban los dos jubilados, pero su ayuda era fundamental para el buen funcionamiento de la casa. El abuelo Ángel siempre andaba atareado con el huerto. De allí salían buena parte de los alimentos que se consumían, legumbres, verduras, frutas, hortalizas, era increíble comprobar el provecho que le sacaba a un pequeño terreno que estaba cerca del garaje. Por otro lado, la abuela María, ayudaba en todas las funciones de un ama de casa, principalmente en la comida. Era una auténtica maestra en los artes culinarios, y seguramente hoy en día, con la libertad que ya existe en la mujer, trabajaría de cocinera en los mejores restaurantes y estaría considerada como una de las mejores “chef” de todos los tiempos. Era una mujer muy católica y practicante, y su firmeza con la iglesia y con Dios era indiscutible.

Por ese motivo, cuando Pedro entró a formar parte de la coral casi de forma obligada, y cada domingo cantaba las canciones de la correspondiente misa junto con los demás, ella le mimó a cuerpo de rey durante toda esa temporada. Las composiciones que interpretaban no es que precisamente fueran de su gusto, pero lo cierto es que poseía una gran voz que destacaba por encima de la de sus compañeros de coro. El eco de sus cualidades, pronto empezó a correr de boca en boca entre los vecinos del pueblo, y en un domingo de pascua, toda la familia fue a escucharlo. Ante el asombro de todos los presentes, ese día Pedro entonó las notas más altas mejor que nunca, y por primera vez en su vida, durante la comida posterior, él fue el tema principal de conversación. Todos alabaron su fantástica voz, su desparpajo sobre un escenario delante de tanto público, y la madre, orgullosa de su hijo, planteó distintas fórmulas para cuidar esa faceta y enseñarle la educación musical más a fondo. Una de las propuestas fue la de internarle en una de esas escuelas especiales dedicadas a las bellas artes, en donde además de aprender las asignaturas normales, le prepararían su futuro en el mundo de la música, y al padre y a los abuelos les pareció una buena idea. Él también se mostró muy ilusionado por el cambio que podía dar su vida, y de esta forma comenzó a soñar en un éxito no muy lejano como cantante. Con estas buenas y nuevas vibraciones poco a poco su autoestima fue creciendo, y ahora parecía que la gente le tenía en más consideración. Cuando volvía del colegio y se cruzaba con los vecinos, tenía la impresión de que ya no le saludaban como antes, como si no fuera nadie, sino que lo hacían con síntomas de admiración. Claro está que en dicha escuela no se aceptaba a todo el mundo, al contrario, de sobras era sabido que sólo escogían a los niños que poseían mayor talento natural, y para determinarlo, dos veces al año hacían las pruebas de aptitudes y cualidades para escoger a los integrantes que finalmente iban a

ingresar en la institución.

A Pedro ya le habían dado día y hora, y para la fecha señalada, tan sólo quedaban tres semanas. Los nervios a medida que transcurrían los días iban en aumento. Lo sorprendente fue ver que todo el pueblo se volcaba con él, incluso salió la noticia de su hazaña publicada en el periódico comarcal dado el renombre y la importancia que tenía el hecho de poder superar las pruebas de tan noble y conocida escuela. En el coro aplazaron por un tiempo las canciones rutinarias, y ensayaron sólo las posibles que le pudieran poner en el día de la prueba. Por la calle todos le daban ánimos, y, de golpe y porrazo, pasó de ser un don nadie, a ser el jovencito más conocido y adulado del municipio. Parecía que el destino le había escogido para ser el cantante más grande de todos los tiempos, o eso era lo que ya se imaginaba, pero a falta de una semana, cuando ya lamía la miel del éxito entre sus labios, pasó una catástrofe. Después de pasar una mala noche, con frío y sin poder conciliar el sueño, su madre le fue a despertar como cada día para prepararle la ropa, y al desearle los buenos días, intentó responderle, pero entonces se dio cuenta de que le fallaba la voz. No es que de repente se hubiera quedado mudo, pero estaba tan ronco que casi no podía articular palabra. La alarma saltó enseguida por toda la casa, y los nervios se pusieron a flor de piel. El padre achacaba la culpa a los helados. Según él, la tarde anterior había abusado de ellos. En cambio, la madre atribuyó el desastre a los sudores. Para su gusto, también se había pasado de la raya al jugar tanto al fútbol y salir y entrar tan seguido de la piscina sin tener tiempo de secarse correctamente. En cambio, el abuelo decía que no, que nada de eso, que todo era debido al sobreesfuerzo de tantos ensayos. Según su teoría, le habían castigado demasiado sus cuerdas vocales, y la abuela, discrepando de todos los demás, comentó que tal vez sólo se trataba de un pequeño resfriado, nada más.

Todos dieron su opinión, pero lo cierto es que a Pedro tanta teoría no le servía de nada. La única realidad era que a falta de cuatro días para el día señalado, había perdido su estupenda cualidad sin saber cómo ni por qué.

La noticia corrió como la pólvora, y en pocas horas recibió numerosísimas atenciones de mucha gente, como si estuviera enfermo y a punto de fallecer. Por si esto no fuera poco, en casa también se pasaron con los tratamientos, y le atiborraron de infusiones, pastillas y jarabes. Para tratar de recuperarle el tono de forma desesperada. Parecía una contrariedad, pero tanta devoción por su estado de salud le agobió. Empezaba a pensar que tal vez no era tan bonito ser popular, pero aun así, también reconocía que

tenía su lado positivo, ya que en pocas horas, había recibido más regalos y más mimos que en toda su vida. Así transcurrió el resto de la semana, hasta que llegó el día clave. Esa mañana se levantó temprano, antes que nadie. Apenas había salido el sol, y ese factor le permitió salir a la terraza sin que nadie se percatara de ello. Se sentó en el suelo y empezó a hablar interiormente. Hasta ahí todo fue bien. De forma paulatina, fue subiendo la intensidad de la palabra, hasta que la voz salió al exterior, y fue entonces cuándo ocurrió el milagro, podía volver a hablar, a cantar, a gritar. Rápidamente bajó las escaleras de forma entusiasta para contárselo a sus padres. Estos no cabían en sí de satisfacción. De repente, los aires decaídos de